

Valores de un

ACTO DE FE

José Manuel Medina, S. I.

No es posible dudar de la importancia que se concede a la fe en la Revelación Cristiana. Casi en cada página del Evangelio encontramos una glorificación del que cree. Pero la fe tiene un cantor por excelencia: San Pablo. La razón de ser de su vida toda no es sino la ardiente lealtad a Jesús de Nazaret.

«Mi justo vive por la Fe» (Hab 2⁴)

Pablo de Tarso desgaja de la Profecía de Habacuc esta expresión. Sus ojos iluminados se abisman en esa vida que la fe da al justo. Tres cristiandades—Gálatas, Hebreos, Romanos—saborean la glosa de su comentario.

Los Gálatas perturbados por los judaizantes recobran su alegría al escuchar:

Los que viven de la fe, éstos son hijos de Abraham... Pues por la fe justifica Dios a los gentiles, según lo escrito: El justo por la fe vivirá (Gal 3⁷⁻¹¹).

Es pues la fe para San Pablo el paso de entrada a la vida de gracia, a la nueva creación que Dios por ella realiza en nosotros.

La Iglesia de Jerusalén vive en zozobra bajo la tensa exaltación del judaísmo nacionalista. Este, en la hora de su agonía, despidе fatuos fulgores que pudieran dar el aspecto

de una resurrección. Odia, calumnia y persigue a los cristianos en quienes ve a traidores. Hace falta vigorizar la fe de éstos.

«No perdáis vuestra confianza, a la que está vinculada tan gran recompensa»—les grita de lejos—. «Recordad que se dijo:

«Mi justo vivirá por la fe, y si se acobarda, no se agrada en él ya mi alma.

Ahora bien, nosotros no somos hombres que nos perdamos por cobardes, sino hombres de fe que alcanzaremos la vida.» (Heb 10 35. 38. 39).

Palabras de fuego que nos señalan la fe como vencedora en certamen de eternidad.

Pero la mirada de Pablo recalca aún más hondo en el texto de Habacuc. La fe, cierto, nos introduce en la vida de gracia y sólo nos deja cuando ya pisamos los umbrales de otra vida imperecedera. Pero la fe en sí misma, ¿no es ya una vida?

Estaba reservado a la Comunidad romana beneficiarse la primera con las profundidades de esta intuición paulina.

Aun ahí—les escribe Pablo—en la misma Ciudad Imperial, yo no me avergüenzo del Evangelio, aunque alguno de sus rasgos pueda parecer repelente y humillante. Porque es una *dynamis* poderosa, puesta en movimiento por el mismo Dios, que arrebatara consigo a todo creyente hacia el puerto de

seguridad mesiánica. ¿Preguntas cómo obra esta fuerza y en qué consiste? Es una revelación de la Santidad de Dios, manifestada de un modo nuevo, por la que el hombre adquiere santidad. El secreto de este nuevo modo es la Fe, la ardiente lealtad a Jesús, Mesías y Señor. Y esta Fe ensancha sin reposo sus círculos y enraiza su fortaleza, como está escrito: el justo por la Fe vivirá. (Rom 1 16-17).

Sin duda Pablo tenía en aquel momento ante sus ojos una experiencia personal. El camino de Damasco es clave en su vida: fué batalla ganada por Jesús de Nazaret. Su primer acto de fe en Jesús le ha llevado desde entonces progresivamente hasta el «vivo yo, ya no yo, Cristo es quien vive en mí» (Gal 2²⁰). Es verdad que el velo de la fe obscurece; pero es luz. Es como la columna de fuego que precede de noche a los Israelitas en su éxodo de Egipto: oscuridad de destino, pero confianza y alegría de claridades. Pablo paladea la hermosura de esa noche de la fe, llave de su santidad, matizada tan puntualmente por nuestro San Juan de la Cruz:

*«En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía».*
(Noche, 3)

Su fe es ya un árbol gigante que extiende sus raíces por lo más íntimo de su ser, y eleva sus ramas hasta tocar el cielo. ¡Y él no es sino semilla del árbol de la Iglesia! Otras semillas han caído en Roma y conviene que extiendan sus ramas y profundicen sus raíces, de modo que la vida toda de los romanos esté vivificada por la fe; para que en ellos—santos—se cumpla la promesa de Dios:

«Mi justo por la Fe vivirá».

Esta visión eufórica de Pablo, ardiente y avasalladora, encuentra más tarde eco fiel en los Padres del Concilio de Trento. Con una descripción magistral, como dirigida por el Espíritu Santo, nos la dejan toda remanada en estas breves palabras:

«La Fe es principio de humana salvación; fundamento y raíz de toda santidad» (S.6c.8).

Principio de salvación

Un acto cualquiera de fe, aun hecho en estado de pecado mortal, nace bajo el influjo de la gracia, dirigido por el deseo de los bienes eternos. Él pone nuestro norte en Dios, fin último sobrenatural. Él nos sienta a los pies de Cristo. De ese Cristo del que dice Juan Evangelista que dá potestad de ser hijos de Dios a cuantos le reconocen por Mesías» (1 12). Discípulos de Cristo, por la fe, aceptamos su palabra, recibimos su testimonio y comenzamos a gozar de una unión misteriosa con Dios que tendrá su plenitud en los cielos.

Nuestro acto de fe, por muy rudimentario y simple que sea, lleva en su seno la semilla de una fe universal en toda la Revelación. El creer en algo por la sola razón de que Dios así lo ha revelado, deja nuestra inteligencia en disposición de abrazar cuanto el Señor tenga a bien manifestar a los hombres.

Esta sumisión de la inteligencia, norma de toda actividad voluntaria, hace imposible al creyente el permanecer en pecado. O deja morir su fe, o el desasosiego producido en su espíritu por la flagrante y consciente contradicción entre sus creencias y su vida moral, le llevarán lógicamente a la observancia de los mandamientos y al amor de Dios sobre todas las cosas.

Fundamento y raíz

Pero la fe no sólo es comienzo, iniciación en el camino de salvación, es también el basamento de nuestras buenas obras. En la fe se apoyan las otras virtudes. Quitada la fe todo nuestro edificio espiritual se derrumba irremisiblemente. Sin fe, ¿qué esperamos? ¿a qué Dios amamos y reverenciamos? ¿para qué sujetaremos el ímpetu de nuestras pasiones?

Raíz llaman finalmente a la Fe los Padres de Trento. La raíz era en su época el símil clásico para indicar el principio de vida. Todo el crecimiento, desarrollo y lozanía de un árbol dependía exclusivamente de su raíz. Nuestros actos virtuosos no sólo se cimentan en la Fe, sino que de la Fe positivamente reciben la vida. Ella ilumina el juicio intelec-

tual que los propulsa y ella los orienta hacia Dios, su fin último sobrenatural.

Este influjo positivo de la Fe en nuestras buenas acciones nos explica el porqué los autores ascéticos subordinan el progreso en la perfección cristiana a la vitalidad de nuestra Fe; y por qué los místicos nos hablan de sus contemplaciones altísimas como de plenitud en la vida de Fe.

Pero si de los efectos del acto de fe pasamos a considerar la naturaleza de ese mismo acto, nos hallamos con algo que es a un tiempo renuncia y enriquecimiento intelectual, sumisión y vigor volitivo, consagración a Dios y consagración de Dios.

Renuncia y enriquecimiento

Nadie duda que la Fe sea la renuncia de una absolutista autonomía intelectual. Sin embargo no creo inoportuno hacer una pequeña reflexión. Si es natural que un niño crea a su padre; la inclinación espontánea de un espíritu sereno, ¿no será recibir con reverencia el testimonio, siempre veraz, de Dios nuestro Padre? No me atrevo a afirmarlo. La experiencia de siglos nos enseña que la Fe debe vencer grandes obstáculos. Desde la primera rebelión de los filósofos paganos contra el naciente cristianismo, la historia de los que en todos los tiempos se alejan de la Iglesia, nos pone a la vista lo costoso que para el hombre resulta dejar de tomar a su razón por única medida de toda verdad asimilable. Esa razón que aspira a no dar su asentimiento sino a realidades evidentes y desecha aterrada la inevidencia del misterio.

Y sin embargo la sincera acogida a sus obscuridades e insatisfacciones y la rindi- ción incondicionada de nuestra autonomía judicativa son inherentes a todo acto de Fe.

Esta entrega del entendimiento a la Inteligencia superior de Dios, es un verdadero sacrificio en el sentido más elevado del vocablo. Así la llama San Pablo en su carta a los Filipenses: «...cuando mi sangre se derrame como libación sobre la víctima sacrificial de vuestra Fe...» (Fil 217). Sacrificio al que atribuye San Pedro el poder de purificar los corazones:

«Dios dió testimonio a su favor; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, *purificando con la Fe* sus corazones» (Act. 15⁹).

¿De qué impureza nos purifica? «De la impureza del error—responde Santo Tomás—. Error que nace cuando el entendimiento humano quiere desordenadamente medir las realidades divinas por los conceptos con que juzgamos de las cosas sensibles» (2. 2. q. 7 a. 2).

Libre ya de errores nuestra inteligencia se atreve a pronunciar—en su acto de Fe— ciertos juicios trascendentales sobre Dios y el mundo, que por sola su razón natural era incapaz de emitir.

Conocemos infaliblemente nos apoyamos en la palabra de la Verdad por esencia—nuestro destino sobrenatural, y la bienaventuranza, eterna meta de nuestros deseos. En Dios no reverenciamos sólo a nuestro Creador, sino que reconocemos con sencillo corazón a nuestro Padre. Y las maravillas de la Encarnación se convierten en eje de nuestros afectos de lealtad al Redentor y de amorosa confianza en la intercesión de la que recibimos por Madre. Hay más, este universo sensible que nos rodea llega a perder su carácter sensorial y viene a ser para el creyente «como el gran sacramento de lo Invisible, como la gran alegoría del orden sobrenatural» (S. Buenaventura), pues tras cada cosa apercibimos la mano amorosa de nuestro Padre Dios.

Pero el mayor valor que nos ofrece la Fe es la presencia de una luz divina, nueva, norma superior de nuestros juicios. Dios nos eleva a partícipes de su Ciencia infalible. Lo que en visión clara será en el cielo nuestra bienaventuranza, eso mismo lo conocemos en la tierra tras el velo esplendoroso de la Fe.

Sumisión y vigor

El holocausto de nuestro entendimiento, reviste una particularidad. No ponemos la víctima en manos de ningún sacerdote que la ofrezca a Dios. Nosotros mismos la ofrecemos, la colocamos sobre la leña y prendemos fuego a la pira. Sin duda no hacemos con eso sino cumplir una verdadera obligación para con Dios, fin nuestro sobrenatural.

Él nos habla, y quiere, como es justo, que aceptemos su palabra. Nosotros, en un acto de obediencia (Rom 1⁵) sometemos nuestra voluntad a la suya. Libre sumisión meritoria, que diferencia a nuestro saber por la Fe de cualquier conocimiento científico, indiferente de suyo en el orden moral. Su bondad esencial brota del sincero deseo de agradar a Dios y de orientar hacia Él nuestra vida, móvil de todo acto de Fe.

Por esto el Concilio Vaticano llama a tal acto «*obsequio del entendimiento y voluntad*». Obsequio ungido en el amor de un corazón rendido y generoso (Rom 6¹⁷), homenaje supremo debido a sólo Dios. A su veracidad y sabiduría, que tomamos por norma y luz de nuestra vida, les tributamos una confianza absoluta, y tan profunda, que renunciando a juzgar con nuestros menguados conceptos, tomamos por medida de nuestros juicios la ciencia misma de Dios Revelador.

No es extraño, pues, que los Padres de la Iglesia consideren este acto libre de Fe, puesto bajo el influjo de la sumisa voluntad, como un acto de adoración y de estricta latría: «porque sólo adoran a Dios en espíritu y en verdad aquéllos que, inclinando ante Él sus cuerpos, le sacrifican sus inteligencias por la Fe».

La voluntad arrodillada se siente renacer a nueva vida. La promesa de la eterna bienaventuranza sobrenatural modela en nosotros los primeros rasgos de una firme esperanza. Nuestro caudal de amor al conocer por la Fe un Infinito poseíble más allá de sus exigencias y aun de sus perspectivas naturales, mansamente se filtra y se trasfiere todo en la duna fina, infinita del Ser Amable, abajado hasta nosotros. Nuestro amor es eco de otro Amor y nuestra alma se ha transido de gozo cuando le sentimos llamando a nuestra puerta. ¿Cómo estar tristes si nos sabemos amados con amor infinito?

En Dios nuestro premio podemos ya esperar, en Dios Bondad descansar, en Dios Redentor regocijarnos. La voluntad, divinamente robustecida, aguarda tan sólo el último toque de Dios para encenderse en auténtica caridad.

Consagración a Dios y Consagración de Dios

El perfume del holocausto obsequioso de nuestra voluntad y entendimiento se ha elevado suavemente hasta el trono de Dios. Ya no es profana nuestra inteligencia, ocupada en objetos divinos; ya casi no es nuestra, pues la Revelación ha impreso en ella el sello de su posesión. Nuestra voluntad, quieta y entregada a la Voluntad divina, ya no se busca a sí misma. En acto profundo de homenaje adora a su Dios. De los labios del creyente parece desgranarse aquella oración que rezaba San Ignacio:

«Tomad Señor y recibir toda mi libertad, mi entendimiento y toda mi voluntad; dadme vuestro amor y gracia que esto me basta».

Y el amor y la gracia del Señor descienden a nosotros. La gracia acaricia nuestras facultades como una unción consecratoria, ilumina nuestro entendimiento y tonifica nuestra voluntad. Nuestra alma es como un templo santo donde resuena la voz del Padre en testimonio de su Hijo; «el que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio de Dios en sí» (1 Jn 5, 10). Y el mismo Cristo se nos entra a concedernos su amistad. Si no la rechazamos veremos cumplirse en nosotros aquel deseo de San Pablo: «que habite Cristo en vuestros corazones por la fe, y arraigados y fundados en la caridad, seáis capaces de comprender la anchura y la longitud, alteza y profundidad del misterio del amor de Cristo, superior a todo conocimiento humano, y seáis colmados de tal plenitud espiritual que su límite sólo sea la plenitud misma de Dios» (Ef 3 17 ss).

